

El amor-pasión

ADOLFO BERENSTEIN

Trama y Fondo

The Passionate Love

Abstract

Through the work *Tristan and Iseult* by Chretien de Troyes, we will start a reflection on the configuration of the poetic of passionate-love. It is a heroic story in which a magical couple face the destiny of a love that leads, through loss, to a crucial moment in which it is possible to face death.

Besides the magical element of this kind of fantastic epic, it is also important to highlight the platonic root of a form of love that is constituted as a way to knowledge, knowledge understood as *savoir*.

Key words: Passionate Love. *Tristan and Iseult*. Hero. Eros.

Resumen

A través de la obra *Tristan e Iseo*, de Chrétien de Troyes, se inicia una reflexión sobre la configuración de la poética del amor-pasión. Se trata de un relato heroico en el que la pareja mágica afronta el destino de un amor que conduce, a través de la pérdida, hasta un momento crucial en el que es posible afrontar la muerte.

Además del componente mágico de este tipo de épica fantástica, se subraya la raíz platónica de una modalidad de amor que se constituye como vía al saber.

Palabras clave: Amor-pasión. *Tristán e Iseo*. Héroe. Eros.

ISSN. 1137-4802. pp. 7-18

*El mío difiere de todos los males;
pues me place; en él me complazco;
mi mal es lo que de él quiero y mi
dolor es mi salud. No veo, pues, de
qué me lamento, pues de mi voluntad
viene mi mal; es mi querer lo que se
convierte en mal mío; pero es tan de
mi grado quererlo así que sufro
gratamente, y tanta alegría hay en mi
dolor que estoy enfermo de delicias.*

Chrétien de Troyes

Condensa este fragmento poético, de uno de los escritores más exquisitos de la historia de la literatura del siglo XII, esa atmósfera inquietante de arrebató, dolor y dicha, de la pasión amorosa. Aunque el amor no



¹ Denis DE ROUGEMONT: *El amor y occidente*; Ed. Kairós, Barcelona 1979.

El propio Denis de Rougemont¹ piensa que el romance de Tristán e Iseo crea la pasión moderna o, para decirlo de otro modo, el pasaje de la creencia y del rito mágico en los mitos del corazón al amor-pasión.

Sigamos ahora con fina atención algunos fragmentos decisivos de la historia del triste Tristán que lleva en su nombre el presagio melancólico del dolor y de la muerte. Su existencia nace con la desgracia. Acaba de perder a su padre y su madre Blancaflor muere al darle vida. Su tío materno el rey Marc lo acoge en su corte y lo educa.

Como sucede con las familias de los Montescos y Capuletos, en el *Romeo y Julieta* de Shakespeare, Marc el rey de Cornouailles se ve envuelto en un conflicto con el rey de Irlanda. Para resolverlo se recurre a la lucha a muerte entre dos representantes de los dos poderes antagónicos. Tristán es elegido por su tío, y a pesar de su juventud, muestra su valor y osadía al combatir con el gigante Morholt. Lo mata, pero recibe de él una estocada envenenada. Sin esperanzas de sobrevivir alcanza la orilla irlandesa.

La reina de Irlanda posee un remedio que puede salvarle; ella es hermana del gigante, y Tristán se ve obligado a ocultar su identidad para no

pierde en su obra el poder soberano sobre el alma humana, inspirador de las acciones más nobles, Chrétien de Troyes no acepta ni la fatalidad ni la locura de Tristán. Su arte novelesco trata de someter el amor-pasión, por inmoral, adúltero y profano, a un ideal religioso. Nos encontramos en un escenario histórico en el que chocan fuertemente la leyenda de Tristán –que Denis de Rougemont define como “una epopeya del adulterio”–, y la moral feudal. La pasión inmoral, salvaje y antisocial no puede hallar más castigo que la soledad de la marginación, el repudio, la locura y la muerte. Pero nada de esto importa porque todo se hará en nombre de la pasión, y por el amor al amor, que atormenta el corazón de los amantes.

delatarse. Allí conoce fatalmente a la princesa Iseo que lo cuida y lo cura. En ese intervalo nace entre ellos una relación ambigua y ambivalente. Iseo odia al joven guerrero por la muerte de su tío, pero lo admira y comienza a amarlo. Tristán se debate entre su fidelidad al rey Marc, que ha decidido casarse con Iseo, y su vasallaje erótico.

Si Tristán traiciona al rey, e Iseo el juramento de fidelidad al futuro marido, ambos comprometen con su inclinación amorosa el poder legítimo y la autoridad de Marc. El adulterio trasciende entonces la esfera privada y adquiere una dimensión política y moral que cuestiona las costumbres sociales y el orden establecido.

La reina de Irlanda conocedora de la íntima relación entre los jóvenes, prepara un brebaje para remediar la decepción de Iseo, con el fin de convertir la estima y el respeto al rey de Cornouailles, en amor veraz. Durante el viaje, Tristán e Iseo, sedientos y acalorados, beben de la misma copa el filtro de amor, sin saber que estaba destinado al rey y su joven esposa. El líquido mágico que debía compensar una falta de amor se convierte así en un veneno y una tortura para ellos. Ahora están condenados a amarse más allá de cualquier contrato familiar, político o social.

Iseo se casa con el rey Marc, pero ni ella ni Tristán pueden dominar su pasión salvaje y pagana. Se escapan a un bosque rechazando toda sumisión y arrepentimiento.

Pasados tres años el filtro deja de actuar. Tristán le ofrece al rey la devolución de su mujer. Marc promete su perdón porque entiende que esta pasión es fruto del azar. Una contingencia los ha hecho irresponsables del adulterio. El filtro ha sido la sola causa de este accidente que embriagó la voluntad de los amantes. El amor es, como siempre lo ha sido, una droga que doblega la razón.

Sin embargo, la pasión de los amantes renace poco a poco y, ahora, por sí misma. Iseo le declara al caballero que se reunirá con él a la primera señal de su parte sin que nada pueda retenerla, “ni torre, ni muro, ni castillo fortificado”.

Permanentes obstáculos se interponen en la vida amorosa de los amantes que les obliga a eludirlos con estratagemas astutas y engaños ingeniosos. En uno de los tantos desencuentros Tristán se alejará creyendo que la reina ha dejado de amarle. Para olvidar a la rubia Iseo, a la que

no tiene derecho de amar, decide casarse con otra Iseo, la de las blancas manos, pero jura no compartir su lecho para no ser infiel a la mujer que sigue amando.



Tristán herido de muerte y envenenado en un nuevo combate hace llamar a la rubia Iseo para que acuda a su cabecera y lo cure. El acuerdo entre ellos es la de izar una bandera blanca si ella llega a bordo de la embarcación, y negra si se ha negado a venir. Una fatalidad acontece: el viento amaina y la nave no avanza.

Iseo la de las blancas manos vigila su llegada. Atormentada por los celos se acerca al lecho del moribundo y le anuncia que la vela es negra. Tristán muere. Cuando la nave atraca... Iseo la

rubia, corre al encuentro de Tristán. No puede hacer otra cosa que abrazarlo largamente para unirse a él en ese único y definitivo lugar donde sólo puede vivir el amor apasionado. La muerte se convierte así en un refugio sin obstáculos.

Delicada y tenebrosa historia que comienza de este modo: “Señores, ¿os gustaría oír un bello cuento de amor y de muerte...?”

2 Joseph BÉDIER: *La historia de Tristán e Isolda*; Ed. Acantilado, Barcelona 2011.

Así es concebida esta desgraciada leyenda, matriz fundante de un imaginario pasional que, en su íntima complementariedad, reúne en el mismo lecho al amor y a la muerte.

Tratemos ahora de adentrarnos en los distintos elementos que componen el romance por el difícil sendero del análisis. Nuestro punto de partida será la compleja herencia mágica que recibe el amor-pasión.

El amor fue en un tiempo pretérito una magia de protección. En los romances de caballería el guerrero recibía de su dama la virtud del heroísmo. Ella era invocada en los peligros y por ella se moría. Esta comunión que para nada era una unión pasional, irradiaba para el caballero un mágico beneficio. Podía existir la relación sexual, pero esto era poco probable. Casi siempre se elegía como protectora mágica una mujer que estu-

viese ya casada. El deseo sexual reprimido o postergado adquiriría un carácter sobrenatural, y se concebía como una unión de las almas, una unión plena de perfección. “El verdadero amor –lo dice Platón en el *Fedro*– no es otra cosa que un esfuerzo por volar a la belleza divina”³.

El ritual amoroso de esta religión del amor, consistía para el amante en poner su mano en la mano de la dama y recibir de ella un beso. Así la dama se erigía en el doble espiritual que le aseguraba al amante su protección. La influencia mágica femenina se instalaba por medio de esta ceremonia en el corazón del hombre. La contemplación del espíritu unía el corazón de los dos amantes. René Nelli⁴ le otorga a este amor el título de “amor interruptus”, un amor físicamente incompleto.

³ PLATÓN: *Obras Completas*; Ed. Aguilar, Madrid 1974.

⁴ René NELLI: *L'amour et les mythes du coeur*; Ed. Hachette, 1975.

Existía en los hombres la idea de que el impulso sexual refrenado podía desarrollar mágicamente las cualidades viriles. Lo importante no era apartar la tentación, sino utilizarla como encantamiento. El heroísmo supremo era dormir desnudo al lado de una mujer desnuda sin consumir el acto sexual. El dominio ejercido sobre el amor carnal acrecentaba entonces la potencia natural del hombre. En síntesis, era un amor casto al que no se le puede otorgar aún el noble título de pasión.

Pinceladas del Eros platónico se pueden reconocer en el escenario dibujado por el amor cortés.

En el amor griego se amaba la belleza de los cuerpos para alcanzar por este medio lo bello de las ideas y de las almas. Un amor espiritual por encima de todo. Un amor que iba del cuerpo al espíritu, de lo sensible a lo suprasensible, del mundo fenoménico al mundo ideal. El Eros señalaba el camino de un progreso dialéctico del saber hacia la verdad.

No nos resulta extraño entonces descubrir en el *Fedro* de Platón la reunión de todas las formas de la locura divina que, en cierta medida, son formas propias del saber (el iniciado, el adivino y el filósofo), bajo una sola palabra: “el enamorado”. Y de ese Eros, ya lo sabemos, también se sirvió Freud en el amor de transferencia, haciendo que ese objeto de amor guíe al enamorado hacia las verdades más profundas de su ser.

Acerquémonos ahora con atención al carácter protector de la mujer y preguntémonos qué tipo de elección erótica tiene para el hombre esta forma de amar. ¿Qué imagen inconsciente constituye el subsuelo de esta

revelación espiritual e intensa del amor? En otros términos qué trazo inconsciente late en ese objeto de mujer protectora.

Desde los tiempos inmemoriales la piedad se erige como la más primitiva, la más arcaica de las pasiones humanas. Y ella siempre nos remitirá, como bien lo supo esculpir Miguel Ángel, a la relación de la madre con el hijo. A esa figura que se halla recogida en el amor a su hijo y que tiene la inmensa capacidad de interiorizar un dolor que no es el suyo. A esa dulce voz que ocupa el lugar de la ley de la supervivencia de la vida, y que protege la vida ante la muerte. La piedad, "...una de las sublimes superioridades de la mujer...", dirá Balzac⁵.

⁵ Honoré de BALZAC: *Eugenia Grandet*, Ed. Siruela, Madrid 2010.

La piedad de la madre cura las heridas, protege al hombre, vela por él. Tiene el sortilegio de darle vida. Poseedora de poderes mágicos esa figura materna arcaica condensa todo el embrujo del amor. Madre e hijo forman allí una unión indisociable: un ser único. Todo lo que experimenta uno también lo experimenta el otro. En el pecho de esa mujer laten dos corazones. Y hacia allí va nuestro triste Tristán para ser curado, el que al nacer perdió a su madre. Sin saber que al hacerlo va al encuentro de un funesto destino.

No hay nada que pueda compararse a ese amor que irradia la madre, forma en la que la mujer se deifica, se hace Diosa de la vida y de la muerte. Y digo de la muerte, porque esa madre nutricia aparece también en los mitos inconscientes como causante de una suerte de abdicación de la virilidad, una pérdida de la fortaleza que sumerge al hombre en las tinieblas de la noche. Mito primordial de la mujer-noche, de la mujer-madre, presente en el inconsciente, y que se podría resumir así: el amor es un abismo de perdición, y la mujer, poseedora de un poder maléfico, una suerte de muerte.



El amor-pasión es un destino del que no pueden escapar los amantes. En la lejana Irlanda, Iseo espera a Tristán. Una fase mágica abrirá el camino a la pasión: no se trata de un intercambio de soplos de aire al besar o un intercambio de sangre lo que sellará la unión, sino la presencia de un filtro que encadenará a Tristán e Iseo. Pero observemos detenidamente. ¿Debemos considerar este hecho como una mera adversidad, o

simplemente como una excusa que justifica, a través del filtro, el amor recíproco e ilegítimo? ¿Es acaso el filtro el que crea y desencadena la pasión? ¿Es una fatalidad que une a los corazones en un tiempo anterior al amor mismo? ¿Y esa mujer, Iseo, que despierta la pasión en Tristán, debe expresar en todo su ser el misterio de una profundidad fatídica? ¿O por el contrario, el filtro es una coartada para los amantes que actúa como una fuerza que atrae, anulando la voluntad de los protagonistas, víctimas de una suerte de sortilegio que disfraza su verdadero amor?

Para Christophe Genin⁶, en un inteligente artículo dedicado a la pasión amorosa, no cabe ninguna duda: Tristán e Iseo se desean ya, aún antes de beber el filtro. El filtro no es la causa de la pasión, allí no está su origen. El amor no es un accidente motivado por circunstancias externas, sino una necesidad. Y la pasión amorosa se sostendrá en ese hilo tenso de la contradicción que va de la necesidad a la imposible unión.

⁶ "Figures de la passion et l'amour"; Christophe GENIN: *La passion amoureuse. Le philtre comme ruse de la passion: une lecture du mythe de Tristan et Iseut*; Ed. L'Harmattan, Paris 2011.

Una pregunta se abre entonces ante nosotros impuesta por el relato mismo: ¿por qué se le da al filtro un tiempo de acción limitado? Si el filtro debía funcionar como un artificio para ocultar el amor verdadero, sólo tiene sentido deshacer sus efectos si se desea redimir a los amantes del adulterio cometido; es decir, hacer de la historia un ejemplo donde se retorna, quitado el hechizo, a un orden socialmente aceptado. La leyenda quedaría entonces reducida a un mero cuento moral donde se transmiten las reglas de las buenas costumbres, eliminando todo atisbo de trasgresión. Sin embargo, la historia ejemplar de Tristán e Iseo, va mucho más lejos al mostrar una pasión que no admite barreras, que no se detiene ante nada, que no disfraza su deseo, hasta el extremo de desalojar a los amantes de todo refugio sagrado, de todo territorio en el que pueda hallar reposo su amor adúltero. La incontenible fuerza del amor-pasión impone su ley en todos los frentes, con o sin sortilegios, más allá de toda regla moral, de toda convención social o política, de toda razón, o lo que es lo mismo, haciendo prevalecer su razón de ser pasión: conmoción y estremecimiento del cuerpo, exaltación de la imaginación, impulso vital y erótico, imperio de los sentidos.



Se presenta ahora ante nosotros con una evidencia irrefutable el carácter singular de la elección amorosa en el amor-pasión. Cualquier intento de comprenderla termina inevitablemente en el fracaso. La elección se opera fuera de toda racionalidad, pero no por ello en ausencia de una fuerte determinación. Será necesario rastrear en las profundas tinieblas de la vida anímica las señales lejanas de ese oscuro objeto del deseo que se impone como un presagio. Esta determinación inconsciente de la que hablamos va al encuentro de una fatalidad que aparece en el espíritu del sujeto como un destino presentido, y se podría agregar también, absolutamente natural desde una mirada retrospectiva, dada su historia particular.

El encuentro amoroso imprevisto, inesperado, como todo encuentro que parece fruto del accidente, adquiere en el imaginario de los amantes la forma singular del "dejà vu". Ellos nada saben pero presienten el presagio inevitable del encuentro. El amor desencadenado será para ellos una fatalidad, una necesidad (Anánkê), una comunión fatídica, de la que no pueden huir.

El amor es una cuestión de destino. La elección es cosa del destino; el encuentro una necesidad.

"Vida es, a la vez, fatalidad y libertad –escribe José Ortega y Gasset-, es ser libre dentro de una fatalidad dada. Esta fatalidad nos ofrece un repertorio de posibilidades determinado, es decir, nos ofrece diferentes destinos. Nosotros aceptamos la fatalidad y en ella nos decidimos por un destino. Vida es destino"⁷.

⁷ José ORTEGA Y GASSET: *Estudios sobre el amor*; Ed. Espasa-Calpe, Colección Austral, Madrid 1973.

El destino de los amantes se convierte así en la realización de la historia subterránea, la más secreta e inconsciente y, al mismo tiempo, la más tentadora, aunque se la considere humillante o desgraciada. Una voluntad sorda se impone contra toda razón. El enamorado sabe de quién está enamorado, pero no sabe de dónde proviene la fuente de ese fuego que se apodera del corazón y altera la imaginación. No sabe de qué está enamorado. Y todo esto ocurre de tal manera que los autores inconscientes de esta creación del destino lo persiguen hasta las últimas instancias, sin saber por qué lo hacen.

El amor es, en su esencia, amor en la fatalidad, y los amantes encarnan la tentación de un destino. La elección pasional por el destino es el nudo gordiano de la pasión.

La elección pasional es el impulso que empuja al hombre hacia una mujer, en virtud de la identidad, que él presente entre su destino estrictamente individual y aquel de la mujer. No puede dejar de experimentar en su presencia que ella lo conduce a su destino. Dicho de otro modo, no puede dejar a la mujer fuera de su destino, y no sólo porque ella lo profetiza, sino porque ella también lo encarna, lo materializa completamente. El amante elige amarla, no porque ella es bella, graciosa, inteligente o virtuosa, sino porque ella tiene la apariencia de estar destinada. Así es como lo recuerda René Nelli en sus trabajos sobre la poesía trovadoresca: "todo el arte de agradar en una mujer, consiste en volverse "interesante" para un destino masculino que se ignora"⁸.



⁸ René NELLI: *op. cit.* También del mismo autor consultar *Trovadores y troveros*, Editor José J. De Olañeta, Palma de Mallorca 1982.

El amor provenzal del siglo XIII era adúltero, una unión incompatible con el matrimonio. Será la mujer que pertenece "a un otro" la que atraerá la pasión. Los amantes atravesados por la fidelidad del amor cortés, exaltarán las virtudes del amor fuera del matrimonio y en contra de él, más allá de toda conveniencia social.

Los continuos obstáculos y adversidades que se interponen entre los amantes, sus separaciones y reencuentros, ponen a prueba la fortaleza del amor. Todo acontece como si los accidentes que entorpecen la realización del deseo fueran una condición necesaria nacida de la raíz misma de la pasión. Los amantes aman las dificultades que se levantan en su camino porque ellas exaltan el ardor y renuevan hasta el infinito la pasión de amar. Se ama, en definitiva, todo lo que retrase y demore la realización del amor, su puesta en acto.

En la medida en que el enamorado se acerca al objeto de su deseo se ve arrastrado a territorios desconocidos y fatídicos conocimientos. Emerge entonces desde las profundidades la nostalgia y la evocación inconsciente de lo que se ha perdido o ya no se tiene.

La paradoja del amor es que el objeto existe en su forma imaginaria (se lo puede ver, tocar, hablar), y sin embargo, es inasible, se escapa, no se

lo puede aprehender. El otro es un ser imposible de alcanzar y capturar. Presencia singular y continuo desvanecimiento. El amor-pasión se pone así al servicio de los impedimentos que alimentan y nutren, de este modo, ese encuentro absoluto y definitivo de los amantes.



El amor aunque parezca un estado de dicha y serenidad, no lo es para nada. No es sólo un estado maravilloso, sino también una forma de sufrimiento. “El dulce e l’amaro” de Petrarca. El amor está cargado de deseo e insatisfacción, de goce y dolor, de muerte y resurrección. Eros es desobediente, desenfrenado y empuja al enamorado a una orfandad creciente. El amante se sale de sí, en un estado de éxtasis y exaltación irrefrenable. Dominado por el influjo del amor parece poseído por fuerzas demoníacas que lo apartan del mundo.

Al abrigo de la fatalidad los amantes se dirigen hacia ese destino mortal que esconde su deseo. Hacia ese espacio sin límites en el que habita la verdadera vida, la vida imposible, donde el goce del amor se une a la muerte. El amor-pasión no tiene cabida en la vida terrestre. Esa muerte deseada no será nunca la muerte del amor, sino la muerte de amor en su forma eterna y absoluta.

Escuchemos ahora la vieja y grave melodía del héroe en el *Tristán e Iseo* de Wagner:

“¿Para qué destino nació? La vieja melodía me repite: ¡Para desear y morir! ¡Para morir de deseo!”.

Los amantes perseveran en su elección hasta la muerte. La fijeza incommovible de una decisión sin retorno los une en el destino. Atrapada su voluntad por el embrujo de la pasión –representado en la historia de Tristán por la presencia del filtro de amor–, más allá de toda consciencia, los enamorados aman por encima de todo al amor mismo. No aman a un alguien, sino el hecho mismo de amar. Aman a la pasión. Aman al amor fuera de toda lógica, comienzo y fin de la vida. Los amantes se sitúan así en un tiempo eterno, en una experiencia singular de la eternidad.

La pasión es esencialmente un rechazo del tiempo, un deseo de eternidad. Los apasionados viven siempre en una cierta familiaridad con la idea de la muerte. Les parece que ella es el medio favorable, por excelencia, para la unión absoluta de los corazones.

La pasión es sobre todo agitación de las almas, entusiasmo, iluminación, ráfaga creadora, movimiento que anticipa y prepara el acto amoroso. Un encuentro que por ser siempre inesperado, imprevisto, deja descolocados a los amantes desde sus inicios. El amor-pasión los interroga en su propia existencia. Los cuestiona. Abre un debate interior sobre la vida, revoluciona las ideas y los hábitos, pero también las incertidumbres e inseguridades. Se abre así la duda y el conflicto de uno consigo mismo. El futuro se hace incierto y existen pocas señales que indiquen hacia dónde se va. Por eso en la existencia pasional habita la angustia constante de errar. Es una existencia angustiada por la indeterminación y la ignorancia. No sabemos si caminamos hacia el paraíso o hacia el infierno. Aunque –como señala Eugenio Trías en su *Tratado de la Pasión*⁹–, “de hecho ambos caminos se cruzan, se superponen, son paralelos en ocasiones, se diferencian, se vuelven a juntar”. Los signos son siempre confusos.

⁹ Eugenio TRÍAS: *Tratado de la pasión*; Ed. Mondadori, Barcelona 2006.

Si los obstáculos y los impedimentos nos detienen en algún punto del camino debemos inferir que el amor no es recíproco; de lo contrario, cualquier dificultad acrecienta el ardor de los enamorados. Exalta la pasión.

En la figura del amor-pasión conviven en una íntima relación esas dos interpretaciones, esas dos voces etimológicas reconocidas en la estructura de cualquier pasión. La agitación del corazón, la turbulencia de las emo-

ciones y la furia del deseo, propias de la voz activa. Allí también hacen su acto de presencia la potencia y la osadía del héroe, los espacios sagrados donde se despliega la geografía de un erotismo en el retiro oculto de los amantes. (El bosque de Morrois se convertirá para Tristán e Iseo en el recinto secreto, en la catedral erótica donde refugiarán durante tres años su pasión).

Esta voz activa se entremezcla y confunde con la otra voz, la pasiva, el Pathos de los griegos. Con el dolor y la tristeza, con la fatalidad y la desgracia, con la separación y la nostalgia que acompañan el destino de los amantes hacia su último refugio eterno.

“Con la alegría que hay en el dolor –dirá el poeta– que me hace enfermo de delicias”.

Dedico este escrito a todos aquellos que aún aman el amor, paradigma universal del deseo.